

Sven Ahrens, *Die Architekturdekoration von Italica*. Iberia Archaeologica, tomo 6. Verlag Philipp von Zabern, Mainz 2005. 354 láminas, 105 tavolas y ocho anexos.

El presente trabajo fue la Disertación del autor en la Universidad Humboldt de Berlín, ampliada y corregida. Tiene como primordial interés el tratarse de uno de los primeros trabajos que estudia la totalidad de la decoración arquitectónica en una ciudad de la provincia bética: Italica. El hecho de ser ésta una ciudad bien conocida en lo que fue la ampliación adrianea (nova urbs) otorga al trabajo un especial interés. El autor desarrolla en nueve capítulos y un apéndice su trabajo que abarca desde las primeras piezas conocidas fechadas en el siglo segundo a. de C. hasta el año 712, momento en que Italica fue conquistada por los árabes.

En el primer capítulo se define el objeto de estudio (p. 135), es decir, la decoración arquitectónica italicense entendida como aquellos elementos arquitectónicos esculpidos empleados en la arquitectura de interior y exterior; así mismo, enumera y define (p. 13 s.) los distintos términos empleados; afirma el autor que la finalidad del trabajo es doble (p. 15 s.): conocer mejor la historia de Italica a través del análisis comparativo de su decoración arquitectónica, para lo cual la datación de las piezas estudiadas en el catálogo se establece a partir del análisis estilístico-comparativo con otros elementos a nivel local, regional o suprarregional. Pero además, el conocer la procedencia del material ayudará, según el autor, a fechar la evolución de edificios singulares.

La cronología es la línea argumental del trabajo, analizándose en cada periodo todas aquellas construcciones edificadas o reformadas. El material estudiado (p. 18) procede de museos, del propio yacimiento, de colecciones particulares y otras piezas has sido documentadas mediante trabajo de archivo.

Para conocer el estado de la investigación en Italica, el autor plantea un resumen sobre las noticias de aquella localidad (p. 19–21) y unas breves notas sobre la historia de las colecciones y excavaciones (p. 22 s.). Sabemos así que Scipión el Africano fundó la ciudad tras la batalla de Iliipa en el año 206 a. de C., si bien hay muchas dudas sobre este primer momento. Ascende al rango municipal con César o Augusto y al colonial con Adriano. Por su cercanía al río Guadalquivir, navegable en esta zona, estaría bien comunicada con Roma y Ostia, donde podría llegarse en ocho días. Las excavaciones realizadas en los últimos siglos han depositado su material en museos y colecciones privadas, entre las que destaca la de la Condesa de Lebrija.

El capítulo 2 analiza (p. 25 ss.) la arquitectura de la *vetus urbs* (hoy bajo la moderna Santiponce) y de su historia desde la fundación hasta el nacimiento de la *nova urbs* en el periodo adrianeo. Pocos son los materiales hallados de este momento, destacando las piezas que estudiara Heinrich Drerup (*Zwei Kapitel aus Italica*, *AEspA* 45–47, 1972–1974, 91 ss.) que se suman a algunas terracotas diseminadas por la ciudad. Especial énfasis se hace en el análisis del teatro por ser un edificio bien conservado y situado en la *vetus urbs*, excavado en las últimas décadas de donde además se conoce abundante material. Su construcción se fecha en época augustea y su primera construcción alternaría la piedra caliza con el mármol. Una primera refectio se observa en el tercer cuarto del siglo primero y una segunda en la segunda mitad del siglo segundo. La *porticus post scaenae* tendría la misma cronología fundacional. El edificio escénico puede presumir de contar con un gran lujo, característica similar a otros teatros como los de Arles y Cartagena. El capítulo finaliza analizando otros elementos arquitectónicos sueltos del siglo primero de nuestra era.

El capítulo 3 (p. 58 ss.) analiza la producción del siglo segundo comenzando por el análisis de un discutido edificio conocido como Templo de Diana. Su existencia se fundamenta en la planta incisa sobre una placa de mármol, hasta hoy inédita, hecha en 1900 por Francisco Aurelio Álvarez. Puede demostrarse, como lo hace el autor, la presencia de un abundante lote de piezas en la zona donde presumiblemente apareció este edificio, al norte del teatro. Cosa muy distinta y que habría que analizar con mayor detenimiento, es la certeza de hallarnos ante un edificio de cuya existencia sólo tenemos una planta incisa en mármol.

Será el periodo adrianeo cuando se observe por primera vez la igualdad entre ciertos elementos arquitectónicos italicenses y algunos modelos de Roma, Ostia y Villa Adriana. La construcción de la *nova urbs* (p. 64 ss.) magno proyecto cuya denominación se debe a García y Bellido, supuso la construcción de algunos edificios donde se observa la presencia de maestranzas urbanas en Italica. Tal sería el caso del templo de culto imperial o Traianum (p. 67 ss.), así denominado por Pilar León, quien excavó e interpretó de manera magistral dicho edificio. La similitud de plantas con la biblioteca de Adriano en Atenas y el templo de Trajano en Pérgamo fecharía el comienzo del proyecto en los años veinte de la segunda centuria. Importante papel tiene en el análisis de este edificio la investigación sobre la decoración arquitectónica pues de ese modo se pueden conocer las distintas dimensiones de las piezas y su respectiva ubicación. La similitud en la factura de algunas piezas respecto a otras de Roma, Villa Adriana y Ostia (confirmado por algunas letras inscritas tanto en Italica como en Ostia) permiten asegurar el trabajo de los mismos talleres en ambas penínsulas.

Otros edificios fechados en esta época son las termas menores y las mayores (Baños de la Reina Mora) que han sido excavadas de antiguo y por ello se desconoce su

decoración. También a este momento pertenece el anfiteatro, documentado desde el siglo decimosexto y muy expoliado. Su construcción se fecharía en el mismo momento en que se construyó la *nova urbs*. También se documenta una refectio del teatro en los momentos finales del siglo segundo o en los inicios del tercero.

El autor aborda en el capítulo 4 (p. 83 ss.) los elementos que forman parte de la decoración arquitectónica de los siglos segundo al cuarto, momento en que se evidencia una clara herencia de los talleres pujantes en el periodo adrianeo. De interés en este momento es la llegada de capiteles corintio-asiáticos, algunos de los cuales se han realizado en mármol de Luni y procedentes de la capital; otras influencias orientales se detectan en este mismo momento. Finaliza este capítulo analizando el resto de materiales de este momento, destacando en este punto las balaustradas.

Al análisis de la decoración fechada en los siglos quinto al séptimo se dedica el capítulo 5 (p. 107 ss.) y ello por el destacado papel que tuvo Itálica en el periodo visigodo. Destacan los elementos litúrgicos en este momento y también son destacables las más estrechas relaciones con Mérida, de donde seguramente vendrían muchos de los modelos empleados.

Las cuestiones de técnica se tratan en el capítulo 6 (p. 114 ss.), donde se analizan las líneas incisivas sobre superficies lisas que señalan la forma de las molduras o bien los límites de determinados elementos, aunque también sirven para ubicar correctamente los orificios de anclaje.

Uno de los apartados más interesantes del trabajo del autor se expone en el capítulo 7 dedicado a los talleres (p. 119 ss.). Ya desde fines del segundo siglo a. de C. llegan influencias itálicas a esta zona que pudieron ser transformadas en piezas bien por talleres locales o regionales. El análisis de las terracotas parece evidenciar la presencia de un taller en Itálica o sus cercanías que abastecerían a otros centros urbanos como Munigua. La aparición de tegulae con el sello del Legatus pro praetore Marcus Petronius en distintas ciudades parece indicar unos proyectos edilicios comunes dirigidos por una entidad superior a la local.

También urbanos son algunos modelos que plantean la posibilidad de la intervención de talleres de Roma en Itálica, posibilidad demostrada en otros puntos de la Bética como es el caso de su capital, Colonia Patricia. Sí hay talleres de índole regional que abastecerían de material a ciudades como Itálica y Carmona, documentándose piezas idénticas realizadas por los mismos. La presencia en el periodo adrianeo de talleres urbanos encargados de hacer proyectos como el Traianum y la llegada de talleres orientales en este mismo momento se demuestra por la similitud de siglas con que firman las piezas dichos artesanos. Las letras P, D e I demuestran dicha similitud toda vez que se encuentran en Itálica y en Ostia. Además de ello se constata la llegada de productos de talleres cordobeses que formarían parte de importaciones de piezas en el siglo segundo y tercero. También serían importados los capiteles corintio-asiáticos

que en este momento llegan a toda la zona bética, teniendo su foco más importante en las principales ciudades aledañas al río Guadalquivir. Para este mismo siglo segundo puede aceptarse la presencia de talleres locales que abastecerían el mercado para la edilicia doméstica.

El capítulo 8 (p. 128 ss.) resume las principales aportaciones de este trabajo.

El libro que hasta aquí hemos resumido tiene un indiscutible valor para la investigación de las ciudades de la Bética, cual es el que por primera vez se lleva a cabo un estudio sistemático de toda la decoración arquitectónica de una ciudad que, en buena parte, fue abandonada de antiguo, con lo que las investigaciones que en las últimas décadas se han realizado ofrecen una información complementaria del más alto valor. En la península Ibérica, el primer trabajo que recogía un análisis similar en ciudades superpuestas fue el de Sagunto (Paloma Chiner, la decoración arquitectónica en Saguntum, Valencia 1990) y hasta finales de esa misma década no se publicó el correspondiente a una capital de provincia (C. Márquez, Decoración arquitectónica de Colonia Patricia. Una aproximación a la arquitectura y urbanismo de la Córdoba romana [Córdoba 1998]). El trabajar en ciudades superpuestas dificulta la labor de análisis de material; el autor del libro que ahora reseñamos tuvo el acierto de trabajar sobre un yacimiento en parte libre de esas limitaciones. Es así como ha podido analizar en detalle edificios clave en la arqueología clásica andaluza como son el teatro y el Traianum. Sobre el teatro baste decir que en la reciente monografía que lo estudia (O. Rodríguez Gutiérrez, El teatro romano de Itálica. Estudio arqueoarquitectónico [Madrid 2004]) se validan los resultados obtenidos por Ahrens y que le han sido de gran interés a la autora para poder estudiar la evolución de las distintas partes que definen el edificio. Respecto al Traianum, ya fueron puestos de manifiesto en 1988 los elementos esenciales de aquel magno proyecto edilicio (P. León, Traianum de Itálica [Sevilla 1988]) que han sido tratados con posterioridad en trabajos monográficos dedicados a la decoración arquitectónica (S. Rodero, Algunos aspectos de la decoración arquitectónica del Traianum de Itálica, Romula 1, 2002, 75–106) Mérito de Ahrens es profundizar en dichas líneas y demostrar la intervención de talleres urbanos en aquella privilegiada ciudad de la Bética.

He de plantear mis dudas acerca del denominado Templo de Diana. Tal como dije anteriormente, el material localizado al norte del Teatro indica la presencia de un edificio o conjunto que difícilmente podemos admitir se trate del mencionado templo. El único argumento en que se basa para definir su imagen es el plano de un edificio realizado sobre una placa de mármol. No conocemos caso semejante y no entendemos por qué no se hizo dicha planta sobre el papel; a partir de aquí, cualquier análisis del edificio resulta, desde mi punto de vista, arriesgado, lo que no resta mérito en absoluto al intachable tratamiento que el autor hace del material. Ciertamente, el material hallado en la zona debió pertenecer a un edificio o a un conjunto del que hasta el mo-

mento sólo podemos acercarnos a través del material arquitectónico.

Resulta destacable el capítulo dedicado a los talleres. El hecho de que dicho tema ocupe un capítulo indica la importancia que el autor le da a este tema, y no le falta razón en ello; los talleres son los artífices de esta arquitectura porque confirman las directas vinculaciones entre la Urbs y la provincia bética no sólo en el principado de Adriano, algo que sería perfectamente comprensible, sino también en momentos anteriores y posteriores. La dificultad en demostrar la actividad de estos talleres acentúa el mérito del autor.

La metodología empleada es la habitual en este tipo de estudios. El análisis comparativo entre las piezas y la definición de los detalles en los que basa esta comparación resultan intachables en este sentido. Se observa una clara preferencia de modelos urbanos (ya sea a través de piezas importadas o mediante el concurso de talleres que habían trabajado en proyectos adrianeos localizados en Villa Adriana, Ostia y Roma) o también a través del influjo de la capital de provincia, Colonia Patricia, con la que mantiene vínculos claramente destacables.

En resumen, el trabajo de Ahrens supone una aportación muy importante al conocimiento de la arquitectura romana en la Bética en general y de la decoración arquitectónica en particular. Su publicación será una referencia obligada también para quienes quieran aproximarse a la historia del emblemático yacimiento italicense.